

# ¿Qué espero de la Iglesia?

Siguiendo el espíritu del Sínodo y de la misma Conferencia Episcopal, revista *Mensaje* desea escuchar al pueblo de Dios. Por ello, ha preguntado a cuatro adultos de distintas partes de Santiago y diferentes profesiones, que tienen en común ser miembros activos de la Iglesia (parroquia, educación, movimiento y organización no gubernamental), *qué es lo que esperan de la Iglesia.*

## “UNA IGLESIA PÚBLICA Y NO UNA IGLESIA SECTA”

Samuel Yáñez

*Profesor universitario, comunidad de vida cristiana.*



La Iglesia es la comunidad de todos los bautizados. Ella incluye niños, jóvenes, adultos, ancianos. ¿Qué espero —aquí y ahora— de esta comunidad, de la Iglesia? Son muchas las dimensiones que pueden indicarse. Destacaré solo unas que, desde mi perspectiva, son relevantes hoy.

Espero que la Iglesia no ceda a las fuerzas que buscan recluirla al ámbito de lo privado. La vocación profunda de la Iglesia es el servicio a las personas,

al mundo. Por ello, ella proclama su mensaje desde los tejados y anhela aportar a la construcción de lo público común. Espero una Iglesia comprometida con una educación pública y con una constitución que la mayoría reconozca como propia. Espero una Iglesia pública y no una Iglesia secta, una de cuyas versiones es la Iglesia familia (pues en Chile, sociedad tan desigual, “familia”

es, muchas veces, sinónimo de interés sectario y escondido: “La ropa sucia se lava en casa”). Espero una Iglesia donde la fe se integre con la razón; es decir, una Iglesia que sepa dar razones a los demás de su modo de ver las cosas, en un lenguaje asequible y propio, y que sepa escuchar atentamente razones y que colabore con otros en el esfuerzo de concebir razones comunes. Espero una Iglesia inteligente y humilde.

Espero una Iglesia que avanza en el establecimiento de relaciones igualitarias en su seno. Todos bautizados, todos pecadores perdonados. Es verdad que en el Sínodo sobre la Familia se incorporó a laicos y matrimonios, algunas mujeres, y se desarrolló un proceso amplio para recoger pareceres. Pero, a la hora de decidir, de votar, solo varones célibes! Espero una Iglesia que avance hacia formas institucionales equitativas de participación. ¡Que también decidan las mujeres! Espero una Iglesia de trato llano y sencillo, donde el “eminencia”, el “excelencia”, la “beatitud” vayan quedando en el pasado, en público y en privado.

Espero una Iglesia que medita el Evangelio día y noche, y pide gracia para ponerlo en obra. Espero una Iglesia apasionada, celosa de su libertad para amar, móvil. Espero parejas jóvenes que van a servir, adolescentes comprometidos políticamente, adultos menos individualistas, bautizados cuidadosos con la naturaleza, padres que estimulan a sus hijos a salir, sacerdotes amigos que acompañan. Espero que siga habiendo religiosas que sirvan alegremente: son un tesoro.

## “SACERDOTES MÁS ACOGEDORES”

Nancy Gleisner

*Trabajadora social, miembro de comunidades eclesiales de base.*

¿Qué espero de la Iglesia? Antes debo preguntarme quién es la Iglesia, quiénes somos Iglesia.

Lo primero que se me ocurre es la Iglesia como lugar físico, donde me reúno con otro u otros, de mí mismo credo, a rezar. Es donde puedo entrar libremente y encontrar paz y tranquilidad en medio del bullicio de la ciudad. Es oasis en medio del desierto de mi alma, es la que me recibe cuando busco un lugar de consuelo, es el lugar que me ampara cuando estoy desolado, es la casa del Señor, que me protege, me cuida, me respeta, me guarda. Es donde llego a contar mis alegrías y penas, es donde descanso después de un día agotador, es donde lloro sin que nadie me vea, es donde siento la paz del Señor.

La Iglesia no es una persona, no es un edificio, no es un monumento, no es una obra de arte, no es una oficina, no es una cosa, no es un pedazo de cemento, no es un bien que tiene un dueño. La Iglesia es, por sobre todo, la casa del Señor, que tiene una gran familia y esa gran familia somos todos nosotros los católicos, que hacemos de ella un hogar lleno de vida. Es un lugar de encuentro donde se realizan ritos, sacramentos, se bendice la llegada de una vida y también la despedida de ella. Es donde se celebra el sagrado sacramento de la Eucaristía, que permite



recibir “el pan de cada día” donde está Cristo Jesús Resucitado.

Cuando hablamos de “la Iglesia” nos sentimos poco protagonistas. Decimos: la Iglesia es esto o lo otro, no me interesa asistir, soy católico a mi manera, estoy desilusionado(a), estoy en crisis, no quiero nada con la Iglesia, etc.

La Iglesia somos los católicos, los bautizados, los que participamos y los que no, los que están cerca y los que se han alejado, la Iglesia viva. Son los sacerdotes, obispos, diáconos, religiosos, religiosas, el Papa, tú y yo, los que creen en el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo y la Santísima Virgen María.

La palabra “esperar” es transformadora, linda, poética y sanadora. También es un llamado que remece y cala hondo. Qué espero de la Iglesia si siempre estoy criticando, culpando, me aíso y vivo mi “metro cuadrado”: así no molesto a nadie y nadie me molesta y hago de mi vida un sinsentido. Qué hago yo para cambiar lo que no me gusta de la Iglesia. Qué le exijo yo a mi Iglesia. Cómo pretendo realizar los cambios, qué sugiero.

Tengo la alegría de participar en las comunidades cristianas de base con vecinos de algunas comunas de Santiago. Grupos formados por seis a diez personas, gente sencilla de trabajo, interesada por compartir el evangelio, la vida a la luz de la fe. Nuestro lema es “la vida es un regalo de Dios que tenemos que agradecer, compartir y gozar”. Han salido cosas lindas. En una cultura tan preocupada del tener, ahí están las comunidades rompiendo esquemas. En una sociedad tan egoísta, van participando en sus barrios, ayudando al necesitado, interesándose por su vecino(a), llevando un mensaje de amor a quien lo necesita, haciendo vida la palabra de Dios.

Cuando les pregunté *qué esperan de la Iglesia*, esto me dijeron: “Quisiéramos que la Iglesia fuera más solidaria, que no se encierre, que yo la sienta parte de mi vida, con las puertas abiertas, que aporte, que haga cambios en este mundo, que sea integradora, que se preocupe cuando alguien está mal económicamente, que los sacerdotes sean parte de la comunidad, que sean más acogedores, más cálidos, no gente fría, lejana y cansada”.

Al plantearme “la espera” como un tiempo de gozo en donde recorro la vida y aparecen imágenes como la espera de un hijo, de las estaciones del año, los aniversarios, la llegada de un amigo, la cura de una enfermedad, la verdad, el perdón, el abrazo del hermano, la confianza a toda prueba, el sentido de compromiso, la escucha atenta de alguien que no imaginé, la

sencillez de un momento cargado de emociones, la paciencia en un mundo o cultura que va contra el tiempo, la transparencia de nuestros actos... todo esto no está lejos de lo que espero de la Iglesia junto a mis hermanos.

Es un tema sensible, pues nos toca a todos, en especial a los sacerdotes y a toda la Jerarquía de la Iglesia. Que esta vuelva a pastorear a sus ovejas, que no esconda sus errores, que volvamos a confiar, que se curen las heridas, que vuelva a brotar el agua fresca y cristalina, porque esperar también es sanar.

## “INCLUSIVA Y RESPETUOSA DE LA DIVERSIDAD”

Benjamín García

*Profesor, trabajo parroquial.*

Siempre espero algo de la Iglesia, porque ella debe ser Fuente de Vida. Este sentir es un largo y hermoso caminar, con la confianza de saber que no solo es “un esperar de la Jerarquía”, sino de todos quienes confesamos un amor por las cosas de Dios, viviendo en una comunidad que da testimonio de Él, con honestidad en todos, pues Él siempre lo fue con todos.

Hoy son tiempos nuevos, que muchos recorremos con “sentires” del pasado. Tal vez desde esa comprensión, mi visión de la Iglesia se cuestiona. Entonces, la espera de hoy tiene más sentido y razón.

Espero que construyamos mejores respuestas para quienes buscan una fuente espiritual que acoja sus sueños, dudas, desconocimientos, dolores y alegrías.

Confío en que volvamos a ser testimonios —y no solo testigos— frente a los cambios y necesidades de las personas que buscan la equidad y la justicia en todo el quehacer social.

Anhelo que toda la Iglesia se haga más “peregrina” en busca de aquellos que se han quedado en el camino, por causa de reglas, acciones o expectativas de la modernidad, o porque los hombres hemos enmarañado el mensaje de Jesús.



Sueño con una Iglesia proactiva que “abrace” la soledad, la desesperanza y las cualidades de muchos; en otras palabras, las de aquellos que siguen aferrados al Dios de Jesús de Nazaret porque creen en el Amor, pero no se les escucha ni considera. Se les ha transformado en “invisibles” dentro de la sociedad.

No será tarea fácil ni solo de algunos. Entonces, deseo que la Iglesia evangelice y actualice sus modos y proceder, ya que tanta tecnología y “ofertas” han privilegiado a quien no cuestiona y solo recibe, favoreciendo la pasividad ante la búsqueda del Bien Común.

Una Iglesia que aprenda a dar y a darse; que se muestre accesible, cálida y exigente con claridad, para que muchos vuelvan, crean y “se abandonen en sus brazos”.

Quiero una Iglesia que sea inclusiva y respetuosa de la diversidad en todos los ámbitos; que sepa lidiar con el poder y las influencias, para que la omnipotencia sea del Dios que nos convoca y no del parecer de los hombres, porque la fragilidad y la tentación no nos permiten diferenciar entre lo que es el bien de todos de aquello que favorece mi particular deseo.

Si el Señor nos está enseñando que hoy son otros tiempos y otros códigos, espero que nosotros —la Iglesia— podamos tener la humildad de asumir, aprender y practicar todas las maravillas que se nos regalan día a día, en medio de la naturaleza y con lo que la humanidad ha creado. Una Iglesia que se abra al aporte de hombres y mujeres, creaturas de Dios, iguales en derechos y dignidad.

Sueño con una Iglesia que ore en paz y por la paz; que tenga conciencia de que muchas cosas dependen de Dios y no de la voluntad del hombre.

Lo que tengamos que hacer, hemos de hacerlo bien y, por eso, quiero una Iglesia que favorezca la humildad, el cariño y el respeto por toda creación.

Me preguntan qué espero de la Iglesia; mañana podría ser: ¿qué apporto yo a la Iglesia?

### “QUE SALGA DE LA COMODIDAD EN QUE SE ENCUENTRA”

Silvia Contreras Toledo

ONG, comunidad de base.

**¿Q**ué le pido a la Iglesia? Frente a esta pregunta, el primer pensamiento que me viene a la memoria es Mt 23, 3: “Hagan todo lo que ellos digan, pero no lo que ellos hacen”.

Luego siento que no es una pregunta que puedo responder sola, y voy consultando con los integrantes de mi comunidad de base y otras personas amigas. Las respuestas han sido las siguientes:

Que sea una Iglesia con más transparencia, más tolerante, capaz de ponerse en los zapatos del otro —ya que la Iglesia so-



mos nosotros— y que sea una institución de misericordia con gente capaz, honesta y más cercana a los pobres.

Posteriormente, pienso en mi experiencia de Iglesia. Soy formada en una familia y escuela católica en que recibo una imagen de un Dios castigador y controlador al cual tengo mucho miedo: misa en latín, el celebrante da la espalda a la asamblea, religiosos/as que vis-

ten ropas oscuras que producen mucho temor. Vivo los cambios del Concilio Vaticano II. Ya adulta, me vinculo por medio de la Parroquia Jesús Obrero a la Compañía de Jesús (en tiempos de dictadura), en donde voy descubriendo a Dios con un rostro de padre y madre, un Jesús cercano con un mensaje de justicia y libertad. Esto se ve reflejado en una Iglesia chilena que se compromete con los perseguidos y los trabajadores, en obispos que proclaman el Evangelio con fuerza sin temer consecuencias, como las de ser tachados de “comunistas”, mientras se destacan figuras como el cardenal Raúl Silva Henríquez, el obispo Enrique Alvear y el padre Alfonso Baeza, entre tantos que trabajan en capillas y poblaciones, caminando y fortaleciendo la dignidad de los más pobres. Tengo la experiencia de las comunidades de base como instancias para buscar la Buena Nueva del Evangelio.

¿Qué siento hoy? Que la Iglesia, como institución, nos ha abandonado. Por ello le pido que salga de la comodidad en que se encuentra, que se atreva a denunciar con fuerza el modelo económico neoliberal que lleva a tantos a vivir en la miseria, aún cuando se dice que Chile sigue creciendo.

Que se atreva a tener misericordia de los que sufren, como consecuencia de las decisiones que toman los más poderosos.

Me pregunto cuál es la opinión de nuestros pastores ante las estafas, colusiones e ingreso mínimo que deben soportar los más pobres.

Finalmente, que no tengan miedo de formar, caminar junto al pueblo y, frente a las faltas de algunos religiosos/as, que tenga la fuerza de enfrentarlo con la verdad, como en una familia que deberíamos ser.

Siento mucha pena de ser testigo de las declaraciones de la Jerarquía que cada día se entrapa más por no asumir que, como todo lo compuesto por seres humanos, se cometen faltas, frente a lo cual se tiene la posibilidad de pedir perdón y rectificar.

Para cada uno de aquellos con los que dialogué, hay solo una respuesta: ser fiel al Evangelio.